

HACIA UNA IDENTIDAD RACIAL ALTERNATIVA EN LA SOCIEDAD DOMINICANA

Silvio Torres Saillant

*I am not african. Africa is me, but I cannot return.
I am not taina. Taino is me, but there is no way back.
I am not european. Europe lives in me,
but I have no home there.
I am new. History made me.*

*Aurora Levins Morales*¹



Los versos citados arriba de un poema llamado "Child of the Americas", en los cuales la hablante se identifica como una "mestiza de piel clara del Caribe", podría otorgarnos un buen pretexto para hablar sobre raza en la sociedad dominicana. Aunque el espacio limitado que nos permite el marco de un coloquio no basta para tratar el tema en forma exhaustiva, quisiera proponer en estas páginas una manera de considerar la identidad étnica y las relaciones raciales en la República Dominicana que supere la tentación, mostrada por muchos académicos extranjeros o extranjerizados, de interpretar a los dominicanos como gente con un sentido equivocado de lo que son y

¹ Aurora Levins Morales y Rosario Morales, *Getting Home Alive*. Ithaca: Firebrand Books, 1986, p. 50.

de dónde proceden históricamente.² Muy a menudo, en su afán de explicar cuestiones de raza y color en la sociedad dominicana o la difícil interacción de los dominicanos con sus vecinos haitianos, esos comentaristas han circunscrito sus indagaciones al estudio de pronunciamientos aberrantes de voceros de la élite dirigente. Se limitan a citar a José Gabriel García, Bernardo Pichardo, Manuel Arturo Peña Battle y Joaquín Balaguer, autores harto conocidos como “negrofóbicos” de piel clara, promotores de la supremacía blanca, y activamente anti-haitianos. Pero no podemos esperar alcanzar esclarecimiento alguno a partir de un enfoque que se limite a las palabras de una élite intelectual atrincherada que ha ignorado los hechos históricos con el fin de promover su percepción eurocéntrica de la sociedad dominicana como un bastión español en el medio del Caribe. Es preciso considerar otras manifestaciones y otros autores. Creo que cuando uno rompe con el hechizo del discurso oficial y examina las experiencias vitales de la gente, la complejidad del concepto de raza entre los dominicanos comienza a ponerse de relieve, como espero sugerir con las palabras que siguen.

En el prefacio de la sección dominicana de su famosa *Antología de la poesía hispanoamericana*, publicada por la Real Academia Española para conmemorar el Cuarto Centenario de la Conquista de América, el humanista Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), que nunca había visitado la República Dominicana, se refirió a los dominicanos como “un puñado de gente de sangre española”.³ Aunque estimó que las letras dominicanas eran dignas de “muy pocas páginas en la historia literaria del Nuevo Mundo”, esos escasos logros merecían a sus ojos una particular alabanza en tanto simbolizaban el persistente legado de la civilización europea, la raza blanca y la herencia cultural de España.⁴ Menéndez y Pelayo celebró los logros literarios de los dominicanos porque, aunque parcos, venían a ser una hazaña gloriosa. De hecho se maravillaba de como los dominicanos, un pueblo

² Meinder Fennema and Troetje Loewenthal, “La construcción de raza y nación en la República Dominicana”. *Anales del Caribe* 9 (1989): pp. 191-227; Ernesto Sagás, “A Case of Mistaken Identity: Antihaitianismo in Dominican Culture”. *Latinoamericanist* 29.1 (1993): pp. 1-5.

³ Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*. Vol. I. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1911. Reimpresión: Santander: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, p. 308.

⁴ *Ibid.*, p. 287.

descendiente de españoles, habiendo luchado contra “lenguas exóticas” e influencias contrarias a cualquier civilización y raza europea, se habían esforzado por sobrevivir “la rapacidad de piratas, de filibusteros y de negros”, con el elogiado resultado de que “han seguido hablando en Castellano... y tarde o temprano han tenido poetas”.⁵

El filólogo español no tomó su idea de la composición étnica de Santo Domingo de una encuesta etnográfica. Cualquier observación empírica de un grupo de dominicanos cuestionaría una imagen de ellos como étnicamente semejantes a los españoles y opuestos a los negros. En otras palabras, Menéndez y Pelayo sostuvo una visión distorsionada de las características raciales de los dominicanos. Quizás, la causa de su distorsión se encontraba en la perturbación provocada por su añoranza de un tiempo anterior cuando su país dominaba como poder supremo en la región. Debemos recordar que su *Antología*, concebida para rendir tributo a la presencia ibérica en el hemisferio occidental cuatro siglos después de la llegada de Cristóbal Colón, apareció a principios de la década de 1890, precisamente la época que presenció la derrota final del Imperio español en el Caribe hispanohablante. Su nostalgia por la grandeza perdida se hace evidente en su visión de la literatura hispanoamericana como un reflejo del genio español, de lo cual derivaba su consuelo en vista del rol secundario que España había venido a ocupar en el control de los negocios del mundo.⁶

Más allá de la nostalgia imperial, sin embargo, la mala interpretación del venerable Menéndez y Pelayo sobre la raza y etnicidad de los dominicanos, aparte de su propia predisposición racista, derivó probablemente de su lectura demasiado literal del vocabulario racial que encontró en la fuente de la cual recogió la información para su panorámica de las letras dominicanas. En la preparación de su *Antología*, tomó fundamentalmente de la *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo* (1892), un esbozo general de la producción literaria del país hecho por César Nicolás Penson (1855-1901) en colaboración con otros cuatro notables letrados dominicanos para la Real Academia. Esa fuente dominicana contenía por lo menos dos pasajes con alusiones autorreferenciales a la raza. La primera es parte

⁵ *Ibid.*, p. 308.

⁶ Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, 1911, pp. 11-12.

de una explicación del desarrollo del verso satírico y epigramático en el país. El texto atribuye la emergencia de estas formas al “carácter travieso y apasionado de nuestra raza [que] se ha manifestado siempre, como en España, altamente epigramático y satírico”.⁷ Curiosamente, aunque la expresión “nuestra raza” aparece en el texto dominicano en inmediata proximidad sintáctica a “España”, el poeta popular del siglo XVIII invocado para ilustrar el talento nativo para las ingeniosas inyectivas es un zapatero de ascendencia africana, un “moreno ingenuo”⁸ llamado Meso Mónica, “el repentista más caracterizado e ingenioso, antiguo y moderno, que hemos tenido”, como indica la *Reseña*.⁹

El otro pasaje que debe haber llevado erróneamente al eminente humanista a insistir en ver a los dominicanos como una comunidad prácticamente caucásica aparece en el primer párrafo de la sección dedicada a las letras dominicanas durante el período entre 1822-1844, eso es, los veintidos años de gobierno haitiano en el país. La *Reseña* dice al respecto que, al separarse de la metrópoli española, los dominicanos cayeron bajo la dominación de “gentes completamente exóticas y enemigas tradicionales de nuestra raza”.¹⁰ Menéndez y Pelayo se deja llevar de su negrofobia para extraer una limitada dicotomía de negro versus blanco de las ya mencionadas referencias a la raza de los dominicanos como opuesta a la de sus vecinos haitianos. En realidad, el erudito peninsular no podría haber imaginado ni la profunda complejidad de la experiencia racial de los dominicanos, ni los delicados matices del vocabulario racial que ya prevalecía en la sociedad dominicana hacia la última década del siglo XIX. Tampoco podría haber sospechado que el discurso dominicano sobre la raza y la etnicidad, alimentado por circunstancias históricas únicas y endémicas, liberó el concepto de raza de gran parte de su fuerte énfasis en las características biológicas y los rasgos genéticamente heredados que connota en el uso occidental.

⁷ César Nicolás Penson, *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*. Ed. Vetilio Alfau Durán. [1892] Santo Domingo: Editora Taller, 1980, p. 16.

⁸ Emilio Rodríguez Demorizi, *Poesía popular dominicana*. [1939] Tercera ed. Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra, 1979, p. 118.

⁹ Penson, *op. cit.*, p. 16.

¹⁰ *Ibid.*, 18.

A modo de ilustración, se puede indicar el ensayo de 1894 titulado *La alimentación y las razas* de José Ramón López (1866-1922), un dominicano contemporáneo de Menéndez y Pelayo quien parece adscribirse a un concepto de raza basado más en consideraciones sociales que biológicas. López concebía la raza de un modo que prestaba menos atención al tinte de la piel, color de los ojos, textura del pelo o cualquier otra característica congénita del ser humano que a la experiencia histórica compartida de una comunidad dada dentro de circunstancias diferenciables, es decir, lo que Edouard Glissant llama “le vécu”. López escribió un texto amargo. Él sentía la necesidad de reformar a su pueblo del subdesarrollo, que él adscribía a la “degeneración física” y “apocamiento mental” de su raza como resultado de hábitos alimenticios inadecuados.¹¹ López decía que la raza dominicana estaba afligida por la desnutrición y el cretinismo resultante, reprochándole a la sociedad dominicana su carencia de una actitud racional hacia la comida y la alimentación. Es claro que para él la raza dominicana quería decir el pueblo dominicano.

La importancia que López asignaba a la reforma dietética de la sociedad resulta evidente en su desiderátum: “Necesitamos un apóstol de la comida que venga a enseñar a comer a las gentes, y les predique que la civilización no la adquieren ni la conservan sino los pueblos que tienen una buena cocina”.¹² Condenando lo que vio como tradiciones negativas del consumo de comida —sea a causa de dietas inapropiadas o de cantidades insuficientes— López imaginaba un tenebroso futuro para los dominicanos, si continuaban comportándose como una “raza de ayunadores”. Él pensaba que el gobierno, la iglesia y todos los ciudadanos capaces debían comprometerse en una “activa campaña de propaganda de un derrotero mejor que el que seguimos”.¹³ A López no le cabía duda que el alimento, una higiene apropiada, y la educación asegurarían la sobrevivencia moral y material de la raza. Él lo resumía de este modo: “Toda raza que degenera

¹¹ José Ramón López, *La alimentación y las razas. El gran pesimismo dominicano*. [1894] Colección Estudios. Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra, 1975, p. 32.

¹² *Ibid.*, p. 33.

¹³ *Ibid.*, 36.

pierde la independencia, de hecho o de derecho, y cae en poder de otra más vigorosa".¹⁴

En un momento de su ensayo, López da una rápida ojeada histórica a las naciones que se han turnado la preeminencia del poder en el mundo desde la antigüedad hasta el presente para ilustrar su punto de vista. En relación con el Caribe de su tiempo, el que creía destinado a jugar un papel importante en el orden internacional como la Grecia del hemisferio occidental, él argumentaba que los habitantes del archipiélago se encontraban en una encrucijada: "el archipiélago antillano, está destinado a acciones útiles, a figurar de manera preponderante en el desarrollo de la América. La raza que lo ocupa vive la disyuntiva de hacerse capaz de cumplir esos fines o ser suplantada por otra que esté a la altura de las necesidades que ha de llenar la humanidad en esta zona".¹⁵

Como muestran estas citas, López era un hijo de su tiempo. Educado, como todas las élites intelectuales de la República Dominicana del siglo XIX, de acuerdo con las ideas convencionales y las ideologías occidentales de esa época sobre el progreso y el desarrollo, López tenía una visión teleológica de la historia y no discrepaba con la idea de destino manifiesto. El veía la historia como un tren empujado por fuerzas inevitables a lo largo de las líneas del progreso de la humanidad. El resulta atípico, sin embargo, en su manejo de aquellos principios históricos sin seguir imperativos etnocéntricos. Los argumentos que propone tienden a persuadirnos de que una nación asume preeminencia internacional como resultado de variables que son sociales y temporales más que genéticas y permanentes. De hecho, su vinculación del retraso de la raza dominicana con variables no inmanentes, sino contingentes, le proporciona la oportunidad de terminar su ensayo con un panorama prometedor a pesar de la amargura de su condena. De hecho, López finaliza expresando la certidumbre de que, una vez que sus problemas hayan sido tomados en consideración, "cumplirá la República brillantes destinos, y sobre todo será la mansión de un pueblo fuerte y feliz, el hogar de una raza

¹⁴ *Ibid.*, 65.

¹⁵ *Ibid.*, 63.

llena del vigor físico y espiritual que hermosea la vida e incita a amarla".¹⁶

Para estimar la significación de una visión del progreso humano que trascendía los presupuestos etnocéntricos en 1894, es necesario recordar el prestigio que en esa época gozaban las ideas de los pensadores racistas en Occidente. Permítasenos mencionar algunos que todavía cautivaban las mentes de la gente en Europa y Estados Unidos. Lord Acton había declarado a "los persas, los griegos, los romanos, y los teutones" como "los únicos hacedores de historia", relegando las demás razas a la categoría de "un elemento negativo en el mundo; a veces la barrera, a veces el instrumento, a veces los materiales de aquellas razas a las cuales les ha sido dado crear y avanzar".¹⁷ El libro de Ernest Renan *La réforme intellectuelle et morale* (1871) proclamaba que la naturaleza había destinado en su sabiduría a las razas humanas a servir diferentes funciones históricas: los africanos y asiáticos debían trabajar y los blancos occidentales, gobernarlos. "Dejemos que cada cual haga aquello para lo que la naturaleza lo ha dotado, y todo estará bien", aconsejaba Renan.¹⁸ Thomas Jefferson en sus *Notes on the State of Virginia* (1784) había negado que los negros tuvieran capacidad para el amor, la reflexión, la imaginación, la creación, y el coraje.¹⁹ Immanuel Kant, David Hume, y G. W. F. Hegel, para mencionar sólo tres gigantes del pensamiento occidental, habían todos dedicado una parte de su actividad intelectual a argumentar la inferioridad inherente de los negros, del mismo modo que el conde Joseph-Arthur de Gobineau los había situado en forma fija "al pie" de la "escalera" humana y el memorable Sir Richard Burton los había declarado irreparablemente incapaces de alguna vez "ascender a la condición de hombres".²⁰

¹⁶ *Ibid.*, p. 68.

¹⁷ Eric Williams, *History of the People of Trinidad and Tobago*. New York: Frederick A. Praeger, 1964, p. 110.

¹⁸ Ernest Renan, *Pages françaises*. París: Calmann-Lévy, 1921, pp. 200-01.

¹⁹ Thomas Jefferson, *The Life and Times of Thomas Jefferson*. Ed. Adrienne Koch and William Peden. New York: The Modern Library, 1944, pp. 257-59.

²⁰ Henry Louis Gates, Jr., *The Signifying Monkey. A Theory of African-American Literary Criticism*. New York: Oxford University Press, 1988, p. 141; David Hume, *Essays: Moral, Political and Literary*. London: Oxford University Press, 1963, p. 213; G. W. F. Hegel, *The Philosophy of History*. Trad. J. Sibree. New York: Dover Publications, 1956, p. 96; Joseph Arthur Gobineau, *The*

Si esta veloz ojeada nos proporciona algún sentido de las corrientes occidentales de pensamiento que López tenía a su disposición, queda por explicar por qué pudo tan fácilmente salirse de la lógica del discurso racista occidental. Permítaseme aventurar algunas especulaciones. Yo argumentaría que López, como la mayoría de los pensadores sociales dominicanos de finales del siglo XIX y principios del XX, cuando ponderaban sobre su gente y sociedad tendían a angustiarse por su acceso a marcos de referencia conflictivos. Ellos se perturbaban ante dos cuerpos de conocimiento rivalizantes y contradictorios que parecían chocar en sus mentes: uno proveniente en forma directa de sus lecturas y el otro proveniente de la experiencia vital de su gente.

Por una parte, la tradición intelectual occidental, bajo el encanto de la fantasía racial, enseñó a los escritores dominicanos a aceptar la lógica que iguala la blancura y la herencia cultural de Occidente con el avance de la humanidad y los valores sociales deseables. Por otra, la historia peculiar del pueblo dominicano parecía haber conspirado contra la configuración de un rígido código de estratificación racial y la consolidación de un fuerte cuerpo de reglas de diferenciación racial para regular la interacción social. Lo que se encuentra, como resultado, es una serie de actitudes ambivalentes hacia lo negro, la existencia de un discurso racial que tiene poca correspondencia con la acción racial, la afirmación de lo blanco por algunos negros, la celebración de lo negro por algunos blancos, y, en la mayoría de los casos, la asunción de una identidad racial que trasciende la dicotomía entre negro y blanco y eleva al mulato a una categoría racial autónoma.

La identidad racial alternativa de los dominicanos, por lo tanto, debe ser considerada en el contexto de un desarrollo que acentuaba la emergencia de una tercera opción como resultado de la gran fusión racial que tuvo lugar en la época colonial. Pedro Andrés Pérez Cabral llega a proclamar a la República Dominicana como la única nación mulata en el mundo.²¹ En efecto, él argumenta que ni las islas de las Antillas ni las regiones continentales del hemisferio han

Inequality of Human Races. Trad. Adrian Collins [1915] New York: Howard Fertig, 1967, p. 205; Basil Davidson, *The Story of Africa*. London: Mitchell Beazley Publishers, 1984, p.15.

²¹ Pedro Andrés Pérez Cabral, *La comunidad mulata: El caso sociopolítico de la República Dominicana*. Caracas: Gráfica Americana, 1967, p. 11.

testimoniado el espectáculo histórico de la mezcla abierta de blancos y negros, libre de toda restricción significativa y no acompañada por otras variedades de mezclas étnicas, como ha sido el caso en la actual República Dominicana.²² No es necesario compartir la fenomenología de Perez Cabral concerniente a la situación socio-política del país y la sintomatología de la conciencia mulata que él propone para aceptar que los dominicanos son de hecho una nación mulata. En forma concomitante con su composición étnica híbrida, los dominicanos tienden a hablar de identidad racial de un modo que evita los esencialismos, determinismos biológicos, y los extremos raciales. Los dominicanos han identificado, tal como el hablante del poema de Langston Hughes "Cross", un espacio conceptual en el cual es posible "Ser ni negro ni blanco".²³

El panorama histórico que podría explicar el proceso aquí enunciado podría comenzar con el momento cumbre de la transacción colonial en Santo Domingo durante el siglo XVII. A comienzos del siglo XV, Santo Domingo había testimoniado el establecimiento exitoso de la plantación en el Nuevo Mundo, habiendo dado con los esclavos africanos como la fuerza de trabajo ideal para la empresa. Desde Santo Domingo la plantación fue exportada entonces a los demás territorios conquistados de América. Curiosamente, la plantación dejó de ser exitosa en Santo Domingo aun cuando floreció y continuó prosperando en otras partes. En consecuencia, los códigos raciales que emergieron en torno a la economía de plantación perdieron su base material. Más aún, la colonia española de Santo Domingo pasó por un período de decadencia y pobreza que duró prácticamente todo el siglo XVII. Pedro Henríquez Ureña habla de la "franca decadencia" de la metrópoli, la que tuvo repercusiones desastrosas en Santo Domingo, "colonia pobre que se acostumbró a vivir de prestado".²⁴

La pobreza en el Santo Domingo colonial llevó al amo blanco a un nivel social comparable al del esclavo negro, conduciendo a un relajamiento significativo de los códigos raciales rígidos que separaban a negros y blancos en el régimen de plantación original. Por momentos,

²² *Ibid.*, p. 19.

²³ Langston Hughes, *Selected Poems*. New York: Vintage Books, 1974, p. 158.

²⁴ Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*. Ed. Emma Susana Speratti Piñero. Biblioteca Americana. México: Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 358.

el amo tenía que sentarse a la misma mesa con el esclavo, resultando normalmente este último más astuto en asegurar el sustento del hogar. Estas circunstancias permitieron a muchos esclavos comprarse la libertad, negociando con sus amos empobrecidos. Este escenario tal vez explica el surgimiento de Tomás Rodríguez de Sosa de una condición de abyecta esclavitud a una posición de prominencia como “sacerdote venerado y orador de fama”, a quien las autoridades de la Iglesia colonial tuvieron en alta estima.²⁵ Eso quizás explique también el crecimiento de los matrimonios mixtos y la fusión racial generalizada que tuvo lugar en la colonia.

Como es sabido, con el tiempo los habitantes criollos de la colonia española de Santo Domingo se concentraron en la zona oriental de la isla, habiendo sido ocupado el lado oeste por los franceses que desarrollaron allí la muy rentable colonia de Saint Domingue. La división formal de la isla en dos espacios coloniales separados, el Santo Domingo español y el Saint Domingue francés, tuvo lugar en Ryswick en 1697. Aproximadamente cien años después, España se mostró incapaz de mantener el control de Santo Domingo y acordó dejarla a los franceses por el Tratado de Basilea de 1795. Para entonces los fermentos de la nacionalidad y la autoafirmación étnica eran lo suficientemente fuertes como para permitir que la idea de autodeterminación floreciera entre los sectores de la población. Las diferentes opciones políticas se hicieron manifiestas y sobrevino el conflicto. El sector monárquico, que gozó del apoyo de las autoridades coloniales en Puerto Rico, triunfó, ocasionando que Santo Domingo volviera a someterse al tutelaje de España. La ruptura formal con España ocurrió en 1821, cuando los miembros de la élite liberal abogaron por la independencia. Esto fue seguido por la ocupación haitiana en 1822, la lucha subsecuente por la independencia, y el nacimiento oficial de la República Dominicana en 1844.

Las circunstancias en las que los dominicanos fundaron su nación, en el contexto de su separación de Haití, entonces conocida como la única república negra de América, incrementó los niveles de complejidad del concepto dominicano de identidad racial. El intento continuado de los líderes haitianos entre 1844 y 1855 de recuperar su dominio sobre los dominicanos, dio origen a una ideología de construc-

²⁵ *Ibid.*, pp. 358-59, 424.

ción de la nación que incluía un aspecto de autodiferenciación con respecto a los haitianos. En los casos más aberrantes, esa ideología buscaba establecer una distinción racial entre ambas naciones. Estas circunstancias generalizaron la tendencia de los dominicanos a verse como *no negros*. Pero esto no significaba que se vieran como blancos. Los sectores de la población de ascendencia africana no se abstuvieron de participar en el movimiento separatista, como se puede inferir del fenotipo de Francisco del Rosario Sánchez, quien, junto con Juan Pablo Duarte y Ramón Matías Mella, forma parte del trío de padres fundadores de la nación. Recordemos también que en el poema anónimo "Romance de las invasiones haitianas", escrito hacia 1830 por un dominicano durante el período de dominación haitiana, el término "blanco" (los blancos), siempre designa un elemento extranjero.

Otra etapa importante de autoafirmación étnica ocurre entre los años 1861 y 1865, el período en el que los dominicanos lucharon contra las hordas invasoras de la España imperial, habiendo sido anexada la República a la Corona española por una clase dominante que vio esta medida como una garantía para su continuación en el poder. Los historiadores parecen estar de acuerdo en ver esta guerra, conocida como la Guerra de Restauración, como la más sangrienta y la más costosa de toda la historia dominicana. Se derramó varias veces más sangre, y se perdieron muchas más vidas en la lucha contra los españoles que en la guerra contra los haitianos. La presencia española en la República Dominicana a menudo causó serios conflictos raciales que afectaron incluso a aquellos dominicanos que apoyaron la intervención extranjera. Muchos oficiales españoles menospreciaban a los dominicanos a causa del color de su piel y los mantuvieron lejos de ciertas posiciones en el servicio civil y militar.²⁶ La dimensión masiva de la resistencia en contra de los invasores incluía a los campesinos y las clases populares, los que eran mayoritariamente mulatos y negros.²⁷ No es sorprendente, entonces, que un poema popular escrito en 1865 para cantar la victoria de los dominicanos en

²⁶ Franklin Franco Pichardo, *Historia del pueblo dominicano*. Vol. I. Santo Domingo: Instituto del Libro, 1992, p. 268.

²⁷ *Ibid.*, p. 277.

contra de los españoles dijera “Ya se fueron los blancos”.²⁸ En otras palabras, la Guerra de Restauración fortaleció la tendencia de los dominicanos de verse a sí mismos como *no blancos*. Tampoco carece de significado que el líder más altamente estimado de esa guerra fuera el general Gregorio Luperón, un hombre negro, seguido de cerca por el general Ulises Heureaux, mejor conocido como Lilís, quien, después de remontarse a alturas heroicas, llegó a ser Presidente de la República Dominicana por más de quince años, primero por vía electoral y, luego, por imposición tiránica.

Los antecedentes históricos previos proporcionan el contexto que puede explicar las actitudes hacia lo blanco y lo negro en la República Dominicana. Esos antecedentes nos ayudan a entender también los paradigmas que inspiraron a los intelectuales dominicanos, como López hacia el fin de siglo. Un contemporáneo de López, un poeta popular llamado Juan Antonio Alix (1833-1918), hizo un poema en el cual el hablante busca conjurar el sentimiento anti-negro recordándole a la clase alta dominicana que, no importa cuán clara su piel se viera, todos ellos tenían “el negro tras de la oreja”.²⁹ En otro poema suyo publicado en 1903, escuchamos la advertencia a los dominicanos de que pongan la casa en orden o se arriesguen a “Que vengan blancos de afuera/.../A querer intermediar”.³⁰ Vemos nuevamente aquí la asociación entre blanco y extranjero.

Los pensadores dominicanos más importantes de fines de siglo XIX y principios del XX, el período cuando el país rompió lazos con el viejo Imperio español y cayó bajo el control del joven Imperio norteamericano, aceptaron y articularon la identidad racial alternativa de su pueblo. En algunos casos, como ocurre con Federico García Godoy (1857-1924), encontraron las fuentes de muchos de los problemas socioeconómicos y políticos de la sociedad dominicana precisamente en los orígenes étnicos híbridos de esta comunidad. García Godoy postuló que la baja extracción social y la decrepitud moral de los primeros europeos blancos se combinó con la barbarie y la superstición de los esclavos africanos negros para producir un tipo humano

²⁸ Rodríguez-Demorizi, *op. cit.*, p. 89.

²⁹ Juan Antonio Alix, *Décimas*. Ed. Joaquín Balaguer. Colección Estudios. Santo Domingo: Librería Dominicana, 1969, pp. 28-30.

³⁰ *Ibid.*, p. 172.

que carecía de las herramientas para el progreso y el desarrollo.³¹ Sin embargo, se contradecía cuando mostraba una ferviente creencia en la educación como medio viable para producir el mejoramiento de la sociedad dominicana y una convicción de que los dominicanos podrían resolver sus propios problemas si fueran dejados en paz por las potencias extranjeras y si la élite se comportara de un modo menos egoísta.³² La contradicción nos conduce a retornar al problema de los marcos de referencia discutido arriba.

Tal vez la más sorprendente contradicción es la que ejemplifica Francisco Eugenio Moscoso Puello (1885-1959), un mulato de piel oscura quien, como V. S. Naipaul, pensaba que la vida en el trópico no podía conducir al desarrollo.³³ El decía representar al típico dominicano para explicar su mezcla racial. Sentía que debía su habilidad para comprender y operar tecnología avanzada a la porción de sangre blanca que corría por sus venas.³⁴ Pero, al narrar su genealogía, separaba su lado paterno, que era blanco e intelectualmente mediocre (pp. 86-87), del materno, que era negro, y sobre éste dice: "Mi madre nos dió a algunos su color, pero a todos, nos dió su inteligencia, que era extraordinaria" (p. 88). Como podemos ver, si no contáramos con el contexto para explicar la inconsistencia, podríamos sentirnos tentados a desechar a Moscoso Puello como un escritor meramente incoherente. Pero su perturbación, me aventuraría a decir, es parte de su significado.

De cualquier modo, Moscoso Puello y García Godoy, como López, independientemente de los desacuerdos que pueda uno tener con su comprensión de la sociedad, insinuaron visiones igualmente problemáticas de la identidad racial. Sus ideas, aunque causan perplejidad, me parecen auténticas en tanto concuerdan fielmente con las complejidades históricas de las relaciones raciales en la República Dominicana. Todos concuerdan en reconocer a los dominicanos como una especie endémica, un producto directo del intercambio colonial en el Caribe. Nuestros pensadores parecen proponer que,

³¹ Federico García y Godoy, *El derrumbe*. Colección Historia y Sociedad No 16. Santo Domingo: Editora Universitaria UASD, 1975, p. 55.

³² *Ibid.*, pp. 38, 39.

³³ Francisco Eugenio Moscoso Puello, *Cartas a Evelina*. Santo Domingo: Editora Cosmos, 1976, p. 52.

³⁴ *Ibid.*, p. 85.

alimentados por la fusión de blancos y negros, los dominicanos no se pueden identificar directamente con ninguno de los dos, sino que caen en una tercera categoría, un espacio intermedio que ha adquirido autonomía ontológica. Hablan del pueblo dominicano como fundamentalmente mulato, lo que ellos perciben como una rama independiente de la familia humana.

Comparado con la experiencia de los Estados Unidos, donde la plantación tuvo éxito en fomentar paradigmas raciales rígidos y resistentes, la tendencia dominicana de asumir una identidad que trasciende la oposición binaria entre negro y blanco puede aparecer como un caso de indecisión o incluso de alienación. En los Estados Unidos no se piensa en el mulato como una entidad independiente, por lo menos no desde 1922, cuando, se nos dice, el mulato apareció por última vez en el censo como una opción entre las clasificaciones raciales. Incluso cuando los académicos norteamericanos tomaban en cuenta al mulato, tendían a percibirlo como una especie en transición, colocada en la líneas del mejoramiento por el elemento genético blanco de su constitución. Por lo menos, tal es el tenor de posiciones como la que se recoge en "The Superiority of the Mulatto", un trabajo publicado en 1917 por el sociólogo de la Universidad de Chicago E. B. Reuter. En dicho trabajo el académico trataba de demostrar la ventaja intelectual de los mulatos sobre los negros a causa de su proximidad biológica con el ideal blanco.³⁵

En la República Dominicana, sin embargo, la apertura conceptual permitida por la tercera opción, esto es, concediéndole validez al espacio intermedio, no sólo deriva en forma natural de la peculiar historia del pueblo dominicano, sino que también cumple con un propósito social conveniente. Por un lado, nos es dado concebir, por ejemplo, dos niños con características fenotípicas sorprendentemente diferentes que formen parte de la misma familia nuclear. En su mayoría, los dominicanos no sufren ningún aturdimiento, ni confusión psicológica, al ver a dos personas, una negra y la otra blanca, que se identifican como hermanos, hijos de la misma pareja de padres biológicos.

³⁵ E. B. Reuter, "The Superiority of the Mulatto". *The American Journal of Sociology* 23.1 (1917): pp. 83-106.

No se puede negar, sin embargo, que esa apertura, mientras que sin duda cumple con un propósito valioso en la sociedad dominicana al hacer posible que personas de distinto color o de rasgos desiguales compartan el mismo espacio de identidad, también puede prestarse para manipulaciones insidiosas de los constructores oficiales de la imagen de la identidad nacional. La indefinición del espacio intermedio permite una flexibilidad que puede contribuir a ocultar proyectos racistas. La estructura de poder puede emplear recursos para acentuar el límite preferido del continuo racial dada la conocida hispanofilia y negrofobia de los historiadores dominicanos tradicionales, quienes, a diferencia de la abrumadora mayoría de la población, normalmente provienen de una élite de clase alta, blanca o de piel clara, y de educación occidental. Por supuesto, la extensa sucesión de pensadores dominicanos que niegan el elemento negro en la etnicidad y cultura del país incluye al eminente filólogo Pedro Henríquez Ureña quien en 1940 afirmó que: "Hasta 1916, en Santo Domingo no predominaba la población negra, ni siquiera la mezclada de blanco y negro"³⁶ y al actual presidente de la república, Joaquín Balaguer, cuyo conocido libro de 1983 *La isla al revés* tronó contra la "africanización del pueblo dominicano".³⁷ Es decir, el terror negrofóbico se da tanto en un humanista venerable como en un gobernante represivo. De hecho, hasta la década de los setenta cuando algunos intelectuales comenzaron a buscar una teoría de la identidad dominicana que explicara la complejidad étnica y cultural del país, la *intelligentsia* rara vez mostró la más mínima preocupación por los elementos de la cultura autóctona. Ellos sólo tenían ojos para la sobrevivencia española y la herencia europea, ocasionalmente conmiserándose de los desafortunados indios. Por supuesto, la simpatía hacia los aborígenes y el lamento por su conocido exterminio nunca condujo a una condenación del intercambio colonial en sí mismo.

El mulato Rafael Leónidas Trujillo Molina (1891-1961), el notorio oficial del ejército que llegó a ser conocido como "El Jefe", gobernó el país despóticamente por treinta años (1930-1961). Su gobierno

³⁶ Pedro Henríquez Ureña, *El español en Santo Domingo*. [1940] Santo Domingo: Editora Taller, 1982, p. 134.

³⁷ Joaquín Balaguer *La isla al revés: Haití y destino dominicano*. Santo Domingo: Librería Dominicana, 1984, p. 97.

invirtió mucho esfuerzo y recursos en la construcción de una teoría de lo dominicano que enfatizaba el catolicismo, los valores culturales eurocéntricos, y la diferencia en relación con Haití. El poder del Estado, por medio de las escuelas, los medios de comunicación, los actos públicos, se encargó de enseñar a los dominicanos a definirse por referencia a un modelo que promovía el componente occidental y silenciaba la tradición africana en la experiencia dominicana. El éxito del proyecto de Trujillo, debido en parte a la orquestación eficiente del esfuerzo y la extensión del tiempo de su implantación, queda atestiguada por el hecho de que incluso hoy muchos dominicanos se definen a sí mismos por medio de los paradigmas auspiciados por la dictadura. Este lamentable resultado revela la vulnerabilidad del modelo abierto de identidad racial dominicana. Lamentablemente, la flexibilidad casi inevitablemente implica la maleabilidad.

El que muchos dominicanos todavía usen el término "indio" para describir el aspecto de una persona de ancestros mezclados indica la resistencia de la noción de identidad racial instigada por el régimen de Trujillo. Aplicado en Santo Domingo, como en el resto de América, a la población aborigen, el término "indio", con el tiempo —esto es, mucho después de que los nativos de La Española fueran exterminados— llegó a designar una gama de colores de piel que cubre una variedad de tonalidades, pero nunca alcanza los extremos polares del puro negro o el puro blanco. En el uso cotidiano el término equivale a mulato. Los intelectuales de Trujillo, quienes popularizaron el término y animaron a la población a utilizarlo en su cédula de identidad, merecen un reconocimiento por su sofisticación cultural. Ellos se dieron cuenta de que la apertura y flexibilidad de la identidad racial dominicana se podría asimilar a un término que no sólo evocara a un pueblo oprimido, inspirando simpatía de este modo, pero también concordaba con su propio sentimiento de habitar una zona intermedia. A pesar de su maldad y depravación deleznable, los escribas del régimen sabían ser sutiles. Al mismo tiempo, el que el pueblo dominicano todavía parezca carente de odio racial, habiéndose recuperado en parte de la educación del autodesprecio puesta en marcha por el Gobierno Trujillo, indica la fuerza y el potencial liberador del modelo de identidad racial alternativa que los dominicanos han heredado de su experiencia histórica. Podemos quedar contentos con que a pesar de la negrofobia de la atrincherada estructura de poder

que todavía controla al Gobierno dominicano, y desde ahí a las instituciones a cargo de formar la imagen de identidad nacional, una encuesta reciente halló a la mayoría de la población dominicana desprovista de una preferencia racial para escoger una pareja de matrimonio.³⁸ La misma encuesta confirmó que muy pocos dominicanos se emparentarían con haitianos. Propongo, entonces, que pondereemos no sobre si los dominicanos quieren o no ser negros sino que identifiquemos y estimulemos el caudal de recursos históricos y culturales que el pueblo dominicano tenga para contrarrestar de manera efectiva la haitianofobia que le ha inculcado la clase gobernante.

³⁸ Carlos Dore Cabral "Encuesta *Rumbo*- Gallup: La población dominicana es más antihaitiana que racista" *Rumbo* 29 May 1995: p. 9.